

Las diversiones

El recreo, el esparcimiento, en los intervalos del estudio y del trabajo se cuentan entre los mejores derechos de los niños. Después de las carreras, los saltos, los pitos y las risas en que se manifiesta espontáneamente su vivacidad, todo niño inteligente busca la manera de aplicar su actividad a algún juego de su predilección o a alguna ocupación que despierta su interés.

La jardinería, la mecánica, el dibujo en colores, las construcciones, la lectura, son las diversiones preferidas, y también las que indican la inclinación natural de cada niño. Además de las mencionadas, a las niñas interesa la costura, el arreglo de una mesa para las muñecas, la improvisación de una casa diminuta con toda clase de materiales disponibles.

Encanta ver a los niños entregados con entusiasmo a la diversión libremente elegida.

En cambio, entristece el niño apático que no manifiesta interés por los juegos ni tiene predilección ninguna. Para este niño triste no se alegue la falta de juguetes, porque el que no los tiene los inventa. Tarros, cartones, trozos de madera, carreteles, láminas coloreadas, pedazos de alambre, botellas, son elementos que en mano de niños hábiles tienen aplicaciones admirables y que desarrollan la iniciativa y marcan la vocación.

He visto viajar un convoy de cajas de fósforos sobre rieles de alambre, conducidos por una locomotora hecha de un carretel y papeles metálicos de vivos colores, y una cordillera hecha de trozos de ladrillos en la que se había practicado un túnel para el paso del convoy. También he visto los restos de un cajoncito de embalar convertido en un sólido andamiaje para levantar una torre de arcilla decorada con mosaicos hechos de platos rotos.

Los pequeños obreros están orgullosos de su obra y los espectadores están encantados.

He visto niñas meciendo y cantando a bebés hechos de botellas vacías y hasta de choclos.

Es la imaginación infantil, y el anhelo instintivo de crear formas y cosas, de representar en toscas miniaturas el mundo que los rodea, lo que inspira esta actividad en los niños.

Al mismo tiempo, en muchos casos, es la vocación inconsciente que se revela en los objetos o en las diversiones que busca y que prefiere el niño: el que fabrica un barquito quizá sea con el tiempo un brillante marino; el que hace autopsias a las muñecas, posiblemente llegará a ser un médico de talento, como aquel diminuto doctor Centeno que inmortalizó Pérez Galdós.

Blomberg, H. P., El sembrador (libro de lectura para tercer grado), Ed. Estrada, Año 1925.

Jugando a las escondidas

Adela, Susana y Adolfo juegan a las escondidas.

Adolfo es el que tiene que buscarlas. Las niñas han gritado: ¡ya! El niño empieza su tarea asomándose debajo de la mesa, detrás de las sillas y del aparador. De pronto oye que desde la otra pieza, Adela, llorando, llama a su mamá. ¿Qué le ha sucedido? Pues que, al esconderse detrás del ropero, éste se ha movido cayéndosele una pata, y ahora la está apretando.

Felizmente la mamá la salvará de tal apuro, y les recomendará que no jueguen en las habitaciones sino en los patios, evitándose así desgracias como la que acaba de ocurrirles.

Vocabulario: ropero — cómoda — espejo — aparador — mesa — silla — sillón — trinchante — cama — sofá — mesa de luz — escritorio — (uso y material de construcción de cada uno de ellos) — mueble nuevo, usado, útil, indispensable — limpiar, sacudir, lustrar.

Outón, Rogelio, *Nuestro Libro* (Texto de lectura para segundo grado), Ed. Kapeluz, 1923

Blancos contra negros

IMPENSADAMENTE, Juan se ha herido en un dedo. No le ha dado importancia a la herida, y sigue jugando. Los microbios que rondan por las inmediaciones, penetran encantados por esta puerta abierta, al lugar cálido y abrigado donde pasarán días deliciosos. Juanito ni remotamente sospecha la presencia de esta banda de malandrines; pero al día siguiente nota que su dedo está hinchado y que la herida, en vez de cerrarse, supura. Expuesta al aire, en contacto con mil objetos no siempre limpios, los microbios aumentan en ella considerablemente y despliegan victoriosamente su negro pendón.

En balde en la escuela y en su casa le han enseñado que cualquier herida debe desinfectarse inmediatamente; es decir, matar los microbios desde el principio y no dejarlos penetrar. Un poco de alcohol, tintura de yodo o agua oxigenada, son enérgicos bactericidas fáciles de emplear. Una gasa limpia, si esterilizada, mejor, debe usarse como venda. Pero Juanito, en el afán de seguir jugando, se olvida de tan saludables consejos.

Por fortuna hay en la sangre unos glóbulos blancos llamados leucocitos, que pasan inadvertidos entre la enorme cantidad de glóbulos rojos. En continuo movimiento recorren todo el organismo, centinelas avanzados de un gran ejército que nos defiende de invasiones extrañas. Así que notan la intromisión de los primeros microbios dan la voz de alarma, y las huestes blancas, en batallones de apretadas filas, van a defender el terreno palmo a palmo.

Allí no hay armas de fuego, ni granadas de mano ni gases asfixiantes como en las malhadadas guerras de los hombres, pero chocan los blancos contra los negros y en el enardecimiento del combate se devoran los unos a los otros. Un tendal de muertos queda en el campo, y sus restos los expulsa la herida en forma de pus.

A veces el combate se decide pronto; a veces dura días y días. Ora retroceden los negros, ora los blancos. De afuera llegan nuevos invasores, y del interior refuerzos blancos que el organismo fabrica con premura porque sabe que en ello quizá le va la vida; y el combate se renueva con ardor.

¿Quién vencerá? ¿Los blancos? ¡Ojalá! Ello significaría la salud y la vida. Pero si desgraciadamente fueran derrotados, ¡pobre Juanito! ¡Cuán caro podría pagar su descuido!

Tolosa – Fesquet, Proa (libro de lectura para cuarto grado), Ed. Estrada, 1935

El juego de los niños

¿CUAL espectáculo más hermoso que el juego de los niños? ¿Cuál más sano y alegre?... El juego es una función natural de la infancia. Los niños juegan espontáneamente, como gorjean las aves en la enramada y murmuran los arroyuelos entre las peñas.

Los niños, varones y mujeres, deben correr, saltar, divertirse. La actividad física estimula las funciones de su organismo: la circulación de la sangre, la digestión de los alimentos, el ritmo de la respiración, el descanso, el sueño. No sólo desarrollan los juegos la fuerza y la elasticidad de los músculos sino que también templan los nervios, disciplinan la voluntad, alegran el carácter.

Cuando se os invite a jugar, nunca rehuséis la invitación, niños. Si os halláis preocupados o desganados en ese momento, haced un esfuerzo, levantad el ánimo y ensayad el juego. Jugando os vendrán las ganas de jugar.

Aunque a todos los niños les guste jugar, no todos saben jugar. Algunos desean imponer siempre su voluntad, como déspotas. Otros no admiten que nadie les gane. Otros se someten con demasiada facilidad a las ajenas imposiciones... Ha de jugarse con modestia y buena voluntad, exponiéndose a perder o a llevar la peor parte; pero siempre con la esperanza de adelantar y distinguirse. Ni leones furiosos ni tontos corderitos, los niños deben ser niños. ¡Los niños deben ser leales y libres como los hombres!

Tolosa – Fesquet, Proa (libro de lectura para cuarto grado), Ed. Estrada, 1935

La pequeña bondad

La bella acción del simpático niño que cedió su asiento a una anciana me hizo reflexionar mucho.

Y pensé que el ejercicio de la bondad, de una pequeña bondad, hacía más simpáticas a las personas.

Es triste contemplar a los niños cuando se entretienen en sus juegos, ya sea en las plazas, en las aceras o en plena calle.

Gritan desaforadamente, corren atropellándose, se llevan por delante a los transeúntes, no disculpan ni reconocen nada al contrario, porque se quiere triunfar a toda costa.

La falta más leve motiva agrias discusiones, y las palabras inconvenientes brotan de los labios.

Pero si los pequeños suelen ofrecer desagradables espectáculos, ¡qué podríamos decir en favor de los adultos!

Estos, que por razón de su edad debieran tener más sentido común, más juicio y más bondad, suelen dar con frecuencia malos ejemplos.

¡No hay más que verlos en las grandes aglomeraciones cuando deben subir a los trenes, tranvías u ómnibus!

Casi todos quieren ser los primeros. Y, para conseguirlo, se empuja, se pisa y se protesta. Poco importa que haya mujeres o niños. Se quiere el primer lugar, el mejor asiento, la mejor comodidad.

El yo, el yo egoísta procura imponerse. Los niños, las mujeres y los ancianos.. ¡que se arreglen como puedan!

Y, sin embargo, bastaría un poco de reflexión y de bondad para que todos se ubicaran cediendo el primer lugar o turno correspondiente a las mujeres y a los niños.

Estos actos, delicados, amables y buenos forman lo que se llama buena educación, la urbanidad, y son parte de las buenas costumbres de los pueblos.

La grosería y el egoísmo son signos de incultura. Algunos hacen gala de incultura, especialmente cuando poseen gran valor físico; porque han descuidado el desarrollo de la inteligencia, de los sentimientos y de la voluntad.

¡Qué antipáticos son esos individuos que no respetan los derechos de sus semejantes... y molestan en toda forma.

¡Cuántos incidentes provocan! Y a veces de consecuencias lamentables!

Pero las personas que cuidan el desarrollo del cuerpo por medio de la gimnasia o los deportes, como asimismo la inteligencia, los sentimientos y la voluntad, son fuertes, instruidas y buenas.

Y siempre están prontas para practicar esa pequeña bondad que se expresa con una sonrisa, un gesto amable, una actitud simpática, una atención oportuna o una acción sencilla pero buena, y que comúnmente se llama cortesía.

Si todos los hombres fueran corteses, ¡qué simpáticos serían! ¡Ojalá nuestros niños ejerciten siempre, y especialmente en sus juegos esa pequeña bondad llamada cortesía!

Si así sucediera, nuestro pueblo llegaría a ser el más simpático del mundo.

Jauregui, Juan, Sé Bueno (libro de lectura para tercer grado), Ed. Kapeluz, 1932

Tú debes

Alegrear la vida de tus padres, con tu comportamiento.

Cumplir con tu deber de alumno.

Demostrar con tus hechos que amas a tu patria.

Velar por tu salud, cuidando el alimento, la higiene y el deporte.

Trabajar y descansar, todo el tiempo necesario.

Ser ahorrativo, pero no egoísta.

Alentar al que sufre.

Disimular los defectos físicos ajenos.

No estimular la desunión entre los seres.

Ser humilde y respetuoso con los que te rodean.

Proteger al débil.

Realizar todo el bien posible.

Defender y practicar la verdad.

Buscar la amistad de las personas honestas.
Alejarte de los seres simuladores.
Admirar al hombre que triunfa por su esfuerzo.
No provocar a nadie.
Reconocer la verdad en quien la tiene.
Cuidar cariñosamente los animales y las plantas.
Cultivar la pureza del lenguaje y habituarte a la buena lectura.

Carmen N. Hermo - Libro de lectura para cuarto grado– Editorial Troquel – Año 1957